

El Guardián

Guardián era un perro blanco, regordete y chiquito, que custodiaba la casa de sus dueños. Se pasaba todas las mañanas sentado en la vereda atento a gatos y carteros. Eso sí, sólo les ladraba para espantarlos, nunca intentó morder, ni nada por el estilo.

Defendía la puerta de entrada como si fuese propia.

Cualquier gato que se acercara más de lo conveniente a la puerta custodiada, debía enfrentarse a los ladridos de Guardián. Y los días lunes, cerca de las ocho de la mañana, la bicicleta de Don Carlos, el cartero, debía acelerar su pedaleo, para poder atravesar esa zona tan bien asegurada. Los gatos más viejos del barrio, que lo conocían a Guardián, mirándolo de costado, tomaban carrera, desde la calle y de un salto se trepaban al árbol que daba sombra en la vereda, pero no por miedo: sino, para pasar del otro lado de la medianera, sin darle importancia al ladrido agudo e insistente del vigilador de puertas.

Y Don Carlos el cartero, que era el mismo de siempre, tan solo bajaba a la calle en la casa anterior, para volver a subir luego de traspasarla, acelerando el andar, pero no por miedo; sino pensando en no despertar a doña Teresa, la vecina de al lado, con el barullo.

Todas las mañanas, después de comer su plato de comida, Guardián tomaba su puesto, hasta que el grito de sus dueños lo hacía volver a dentro.

Guardián era un buen perro "guardián", así lo decían todos en el barrio. Y sus dueños estaban muy orgullosos de él. Por eso, cada noche, al mandarlo a dormir, acariciaban su cabeza y lo premiaban con barritas dulces, de esas que a los perros les encantan.

Lo que no sabían, ni los dueños, ni la gente del barrio, ni siquiera los gatos y Don Carlos, es que en realidad, a Guardián, le hubiese encantado poder aprender a treparse a los árboles y a andar en bicicleta, como lo hacía todas las noches en sus sueños y no ser un perro "guardián" como le dijeron sus dueños que tenía que ser.



Mateo, de 11 años de edad, escribió cada uno de estas historias inspirado en su correspondiente ilustración.

Las ilustraciones de Alicia Pez pertenecen al conjunto: *IMAGINARIAS, acuarelas mínimas para estimular la imaginación.*

Al decir de su autora, "se trata de una serie de 50 imágenes, sin relación aparente entre sí, que busca estimular y provocar la imaginación de quién las observe.

Fueron creadas a lo largo de dos años de trabajo con el propósito de lograr un material artístico, didáctico y lúdico, destinado a todo público (niños, adolescentes y adultos por igual).

Inventar, descubrir, imaginar, pintar, estimular, crear, inspirar, convertir, jugar, unir y desunir; una historia, mil historias... Partiendo de una imagen, o usándolas todas; recrear nuevas situaciones, cuentos, canciones, escenas, poesías, relatos, juegos...

Invito al Espectador a abrir la Puerta de su propia Imaginación, y ¡a ver qué se encuentra!"

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
Nº57 - Marzo de 2016
San Carlos de Bariloche



CUENTOS PARA UN LUNES NUBLADO
MATEO NEFTALÍ CARCO ROSSI

ACUARELAS MÍNIMAS
ALICIA PEZ

El Mago

Bergollinni era un mago exitoso que viajaba de pueblo en pueblo, trabajando en pequeños teatros, en bares de esquina y en cumpleaños.

Sabía sacar pañuelos de colores de la oreja de alguien del público, lucecitas navideñas que titilaban encendidas de su boca y hasta ramos de flores para regalar a las señoritas presentes, con tan solo sacudir su varita mágica.

¿Su gran truco? Sacar a Pepo el conejo de su galera, que antes mostraba vacía.

Hacía veinte años que recorría los caminos con su magia, sorprendiendo a grandes y a chicos en cada presentación.

Hasta que un día, en un pueblito muy pequeño de la Patagonia, cuando intentaba sacar a Pepo, se dio cuenta que éste no estaba en la galera. Para disimular, mientras la gente al ver su desesperación y tardanza comenzaba a abuchearlo, buscó entre las ropas su varita mágica y, oh sorpresa, tampoco estaba.

Salió corriendo del escenario antes de que comenzaran a volar los tomates.

Cuando logró llegar al camarín, su sorpresa fue mayor. No solo Pepo, estaba sentado sobre la mesada, sino que tenía la varita mágica, entre sus dientes.

Nadie supo bien qué pasó esa noche. Sólo se vio una luz blanca salir por debajo de la puerta y nada más.

A la semana siguiente, en el pueblito de al lado siguiendo la ruta que va hacia el norte, contaba un vecino de por allá, que hubo un espectáculo maravilloso de magia:

¡Era el mago Pepo! —dijo el vecino—. ¿Su gran truco? Sacar al conejo Bergollinni de su galera que antes, mostraba vacía.



El Amor

Marta y Jorge se conocieron en el café de la esquina, hace aproximadamente..., tantos años, que ya ni se acuerdan.

Lo que les llamó la atención a uno del otro, es que ambos se sentaban siempre, en las mesas que estaban cerca de las ventanas, una que daba a la calle que doblaba hacia las vías y la otra que daba a la avenida; y que pedían, los dos, te con leche..., con más leche que té.

Si alguna mañana, llegaba uno a entrar al café y estaba ocupada una de las dos mesas, por alguna otra persona, inmediatamente buscaba al otro y pidiendo permiso amablemente, se sentaba, compartiendo el rayo de sol, que atravesaba los cristales.

Al principio, cuando pasaba esto, ninguno de los dos decía nada.

Luego de un tiempo empezaron a charlar, sobre lo rico que era el té con leche, con más leche que té y de otras cosas más.

Cuando Marta decía "gato". Jorge decía "perro"

Si Jorge decía "sal", Marta decía "azúcar"

Y si alguno de los dos llegaba a decir "cara", el otro inmediatamente, decía "cruz". Siempre era así.

El único momento, en que los dos coincidían, era cuando hablaban de cuanto le gustaba sentarse en las mesas del café de la esquina, cerca de las ventanas, y del té con leche., con más leche que té.

El tiempo pasó. Y ya no van al café de la esquina. Eso sí: Si es que vuelve a suceder, que no coincidan en algo, antes de ponerse a discutir, se sientan cerquita de la ventana de la casa donde viven, desde hace tantos años que ya ni se acuerdan, al lado de la estufa a tomar en silencio, un té con leche..., con más leche que té.



Los Muertos

Cuando Juan agarró la guitarra, comenzó la verdadera fiesta, y eso que en la oficina, donde hacía más de treinta años que trabajaba, sólo conversaba de fútbol y papeleo.

Anita cantaba como nunca antes había cantado, quizá porque escribir las largas notas que le dictaba su jefe, la acostumbró al silencio de sólo prestar atención a lo que otros quieren.

Mientras Felipe, que se había puesto un sombrero naranja (nunca en su vida usó sombrero), hacía sonar el cajón peruano perfectamente, en todos los ritmos, pues los conocía por haberlos escucharlos en la radio del taxi.

Sin poder controlar sus pies, Sergio y Agustina, se abrazaron en un baile como siempre lo habían soñado. Nunca se habían hablado antes, solo se miraban sonrojados cada mañana, cuando se veían en la panadería de la esquina donde ella trabajaba y él, compraba los bizcochitos para el mate.

Sofía saltaba en un pie riéndose a carcajadas en cuanto Tomas, que hacía más de diez años no le dirigía la palabra, sin que ambos supiesen realmente qué los había hecho enojar, corría hacia ella con ambos brazos abiertos. La fiesta duró toda la eternidad, porque noche a noche, se sumaba más gente al festejo.

Mientras tanto, arriba, en el cementerio, el silencio de las tumbas aturdió a los que pasaban por allí, pensándose vivos.

